

## IN MEMORIAM

EL EXCMO. SR. DON JOSÉ CAPUZ MAMANO



Aunque su producción había disminuido enormemente y cada vez se incrementaban más sus achaques de vejez, uno deseaba que Valencia y Capuz se reunieran en jornada feliz y despidieran comprensivamente, por última vez, con motivo de la erección de "su" estatua ecuestre del Caudillo en nuestra plaza principal. Pero la muerte se adelantó, y ese abrazo de la pe-

queña madre patria al gran artista español, siempre un tanto misántropo, se malogró. Y el signo melancólico, que salvo una rara excepción breve, había siempre dominado las relaciones entre José Capuz y su lejana Valencia perdurará ya sin remisión. Tristeza que intensificó la que sentimos cuando fuimos enterados de su óbito el 10 de marzo último.

Desvinculado de su ciudad desde los comienzos del siglo, cuando marchó a Madrid en 1904, contando veinte años, sólo en pocas ocasiones —aparte breves estancias veraniegas y los años de la guerra civil— reanudó su convivencia artística valenciana. No fue nunca artista popular y cuando en 1957, con motivo del homenaje que se le rindió en el Claustro de Santo Domingo, en la Diputación, en el Ateneo Mercantil, en el Círculo de Bellas Artes, en la R. Academia de S. Carlos —recorría las calles de la ciudad nadie se fijaba en él al pasar. Y, sin duda, lo mismo le ocurriría en Madrid, donde vivió más de cincuenta años. Ni el monumento al Doctor Moliner —nunca inaugurado—, ni el busto de Peppino Benlliure, ni su "Ídolo" —objeto de tantos disgustos— ni su "Furia durmiente", le dieron calor de popularidad en su Valencia. "Con la minoría siempre", pareció ser su destino.

En efecto, la mayor parte de sus grandes obras monumentales, ganadas, y aun premiadas en buena lid, no llegaron a realizarse: monumentos a la Reina María Cristina, a las Cortes de Cádiz, a Cervan-

tes, al Greco, a la Pardo Bazán, al Baleares... (También se le habló de uno dedicado al I Marqués del Turia.) Sólo Valencia, Jaén, Valladolid, Guernica, Tarifa, guardan obras magistrales —públicas— suyas. Pero de su ingente labor de imaginero —el máximo de su tiempo, según muchos críticos— nada poseemos aquí, lamentablemente. Muerte en vida. Sí; Cartagena, Elche, Cieza, Málaga, Madrid, Valladolid, Guernica, son los lugares en que se le puede admirar como imaginero. Tampoco en nuestro Museo está dignamente representado el mejor escultor novecentista valenciano, quien hizo variar las tendencias escultóricas de la escuela levantina llevada a su cúspide por aquel genial pintor-escultor que se llamó Mariano Benlliure, y que derramó su desorbitada producción barroco-realista por todo el ámbito nacional.

Sin embargo, gracias al milagro —muy vinculado a un quijotesco esfuerzo personalísimo que no olvidamos— de su exposición en el Claustro de Santo Domingo en 1957, más de media docena de obras bien significativas del fino, lírico, sobrio escultor mediterráneo, están radicadas en nuestra ciudad por ahora. Lo que nos hace menos dolorosa la pérdida definitiva del maestro, pues hubiera sido inadjetivable peyorativamente que en Valencia no pudieran verse sino dos o tres huellas de la alta tarea artística de uno de sus óptimos escultores de todos los tiempos.

Capuz fue un renovador de los que tienen la heroicidad de abrir nuevos cauces. Eterno aprendiz, es en su último período —de 1939 a 1956— cuando produce en pequeño sus más grandiosas esculturas: "El niño de la concha", "Resurrección del Señor", "Mediterránea", "Cabeza de San Juan Bautista", "Pescadora levantina", "Diana", "Cabeza de Jesús", "Virgen dolorosa", "Maternidad", "Saliendo del baño"... En Madrid —Museo de Arte Moderno, Academia de San Fernando, calle de Alcalá...— queda bien representada la evolución de sus estilos. Y allí —¡ese Cristo Crucificado, en maderal— como en Cartagena —¡ese magistral "Descendimiento"!— será posible valorar la parte más importante de sus creaciones.

Hijo de Valencia, formado en su adolescencia aquí, académico de honor —desde 1957— de la Real de San Carlos, bautizado en la iglesia de San Martín, como Ignacio Pinazo, siempre nostálgico de "su" Valencia ideal, al morir nos deja el doble

amargar de su marcha humana definitiva y de la imposibilidad artística de una unión y vivencia más plena con nosotros, sus conciudadanos.

Dios le haya dado la paz que merecía por su ahincado trabajo de depurador de la escultura, por su modestia y bondad íntima. Y que Él realice el milagro de que alguna vez reúna Valencia una docena de obras maestras de su primer escultor durante cerca de medio siglo. Para goce estético, enseñanza ejemplar y obra de justicia materna.

Porque Capuz fue —con Clará, Inurria, Julio Antonio, Gargallo, Hugué, Macho...— una de las cimas de la escultura contemporánea española. Todo un escultor y sólo eso. Heleno de nuestro tiempo, cristiano de nuestros días, moderno pero con raigambre ancestral que se remonta a las artes orientales y mediterráneas, cercano a Maillol y a Renoir más que a los naturalistas y neoclásicos. Ni escribió ni pintó ni peroró nunca. Espíritu fino y sereno, mano diestra siempre controlada por mente y corazón. Atenido, consagrado siempre a un solo oficio, sin invadir cercados ajenos. Su obra es de la más alta artesanía aristocrática y está traspasada por la sustancia lírica de su peculiar e intransferible Ángel de la Guarda. Dinamismo interior. Estatismo vivo. Ni esclavo del gesto y del carácter expresivo ni en quimérica busca del movimiento y los juegos de luces y sombras que tanto impurificaron la escultura naturalista que le precediera.

Cuando, de nuevo, haya de hablarse de otro gran innovador, en la senda inmarcesible del arte, dentro de la órbita valenciana, por muchos años que pasen, por muchas modas que se alcen y se hundan, una obra y un nombre surgirán: José Capuz.

F. DICENTA DE VERA

### EL EXCMO. SR. DON FEDERICO GARCÍA SANCHÍZ



Triste privilegio de nuestra Academia el de haber perdido, en menos de un año, tres de sus miembros de honor. Benedito, Capuz y García Sanchíz y los dos últimos en un trimestre mal contado, que va del 10 de marzo, óbito del escultor meritísimo, al 11 de junio, en cuya mañana entregaba su espíritu a

Dios el celeberrimo charlista, creador de un género, artista de los pies a la cabeza, viajero infatigable y quijote de buenas causas que, como tal, escogió para tumba El Toboso y para epitafio el de "España fue su Dulcinea". Esa España a la que

ofreció un oficio, tan suyo y tan decidida y nuevamente profesado, que hubo que buscarle un nombre el de "españollear", ideado por él mismo, y rubricado con toda clase de pruebas: la constancia, la fatiga, la agresión cobarde mientras sonaba su voz, lejos de la patria —claro que ensalzándola—, la persecución, la pérdida del hogar y sobre todo la ofrenda del único hijo —ese "Pipe", "Doncel" de nuestra toponimia callejera, "marinerito" del Baleares, como le llamaba, héroe sin tumba, entregado, por la Patria en crisis, en un barco apresuradamente puesto en liza y hundido, con su dotación formada y cantando ante el asombro de los marinos extranjeros, a ese Mediterráneo que —son palabras de Federico— "no inventaría la palabra, pero la cultivó con preferencia sobre el resto del mundo". Y a fe que supo utilizarla, y con ella deleitarnos siempre, en las charlas que, al compás de los tiempos, fueron, primero —algo "a la belle époque"— la "Del minué al charleston", las de Hollywood, las del Zeppelin; luego, dramatizado el mundo, en los años treinta, más trascendentales, más reflexivas, las de Rusia, las de los Santos Lugares, para seguir, al unísono con su "dolor de España", con las del Duero, las de Santiago, tantas otras más y las de la Cruzada; las inolvidables del Santo Grial, y volver, después, con la bonanza relativa de los tiempos, a nuevos temas de predominante signo estético, Sorolla, Goya, la "charla de las charlas" que fue su discurso de ingreso en la Academia de la Lengua, en enero de 1941, pero sin que faltasen nunca las remembranzas heroicas que tan entrañables recuerdos le traían.

"El pobrecito hablador", el "coloquero", como gustaba de llamarse, utilizó también la pluma, sobre todo al principio de su vida literaria y algo antes de morir: novelas, cuentos, relatos exóticos, el "Viaje a España" y sus memorias que han quedado inconclusas. Al margen de esto su espíritu gustó siempre de ciertos "divertimientos" generosos, como su defensa del sombrero y su logro de la declaración de la Divina Pastora como patrona del gremio de referencia. Mas, sobre todo, Federico "el Grande", como le decían no pocos de sus amigos y él aceptaba con amistosa sonrisa, que sus amplias facciones hacía más abierta y cordial, fue un valenciano-tipo, intuitivo, sensible, viajero, colorista, empecinado en las creencias tradicionales de esta tierra y riguroso de sí mismo, de su tarea, lo que le llevaba a una auténtica artesanía de la palabra, como se han conocido pocas.

España ha perdido su "quijote" y Valencia el último, quizá, de los grandes valencianos universales. Descanse en paz.

F. M.<sup>a</sup> GARÍN ORTIZ DE TARANCO

## DON JOSÉ PONSODA BRAVO

A la edad de 81 años, el día 17 de octubre de 1963 y tras una vida enteramente dedicada al trabajo plástico, especialmente en su rama de imaginería, y una muerte cristiana, desapareció de entre nosotros la silueta, tan familiar por los viejos barrios tradicionales y artesanos de Valencia, de don José M.<sup>a</sup> Ponsoda, condecorado con la Medalla "Pro Ecclesia et Pontifice" y poseedor del aprecio de cuantos le trataron, dentro de su taller, como colaboradores y discípulos, entre los que se cuentan no pocos artistas laureados, y, fuera de él, en la vida ciudadana, relacionados con los ambientes religiosos o de trabajo tradicional y castizo que frecuentaba. Numerosos templos guardan obras de su mano, no pocas respuestas tras la iconoclasia de 1936-39: el Cristo "de la Coveta", el San José de la Catedral y el de la Basílica de la Virgen, la Purísima, inspirada en la de Esteve que fue ya destruida por mano aleve, en febrero de 1932, a más de su copiosa aportación a la iglesia de San Lorenzo y otros templos franciscanos. Descanse en paz.

## DON VALENTIN DURBÁN ALEGRE

En plena juventud vital y artística, falleció con generales sorpresa y dolor de cuantos le conocían, este artista, excelente pintor, fino dibujante, profesor de Artes y Oficios, el día 6 de septiembre de 1963.

Espíritu naturalmente selecto y aun de sincera aristocracia espiritual, no reñida con la sencillez y la modestia auténticas, Valentín Durbán se reflejaba a la vez y con igual verdad en su vida laboriosa y sencilla, y en su arte distinguido, tan logrado de efectos como sobrio en recursos. Una factura sintética y entonada, un dibujo impecable, una suavidad general eran las notas de su arte, como las de su vida, de tan grato recuerdo, fueron la caballerosidad, el trato afable y aun la modestia que acrecía su mérito.

Dios haya acogido a Durbán Alegre en las moradas de la eterna belleza.

